

“Cuervo rosa”

“-¿Doctora sabe cuándo se va a solucionar?, cuando las niñas adquieran la mayoría de edad. Así es la vida”

Aquellas palabras sorprendieron a la joven abogada, quien ante semejante desconcierto dejó entrever su descontento con una tímida sonrisa entre dientes, y una mirada fija que reflejaba cierta impotencia y desilusión frente a quienes parecían comulgar la hipótesis del magistrado con aparente naturalidad, y es que era un caso complicado, tanto así, que un par de colegas prefirieron no continuarlo. La joven miró por debajo de sus lentes mientras aprontaba su maletín para retirarse del juzgado, y vio unos ojos de hielo y una sonrisa inapelable. Es común que para algunas personas se les torne complicado intervenir donde la jurisdicción, la tutela judicial efectiva, debe extenderse a personas de 1 y 4 años de edad, pero “así es la profesión” suelen decir...

La joven abogada al retirarse del despacho, se cruzó con una variedad de colegas, desde quienes desfilan elegantes modelos al mejor estilo Milán, hasta quienes con rostros demacrados recorren de un pasillo a otro. Se despidió de tribunales con una gran sonrisa, y apenas se giró para caminar hacia la cochera a buscar su auto, el rostro de la joven cambió drásticamente su expresión, ya no reflejaba alegría, sino rabia y tristeza. Todo el recorrido hacia su casa mantuvo aquella expresión, decidió colocar la radio y mientras sonaba de fondo en la voz de Ricardo Iorio “*jugo de tomate*”, pensó en lo hipócrita que era su vida, recordando aquella sonrisa falsa al salir de tribunales, junto con las risitas piadosas frente al magistrado, abarajando hipótesis de vida de pequeñas personas que podrían ser hijas de alguno de ellos, pero claro, como no lo eran, nada alteraba el supuesto curso natural de las cosas de la vida.

Al llegar a su casa, la joven abogada dejó su maletín (lleno de ilusiones pero recubierto de mentiras) en la silla de la entrada de su departamento, luego mientras caminaba por la cocina en dirección a su habitación, se inclinó para dar una caricia a su gatito mientras refregaba la suave cola por sus piernas, seguramente feliz de que ese día la joven había regresado muchas horas más temprano de lo habitual a su hogar. Así, sin expresión alguna en el rostro, se fue quitando la vestimenta, esos zapatos que tanto la distanciaban del suelo, se quitó los lentes, dejó caer el celular sobre la cama, se recogió el cabello haciéndose un improvisado rodete con una lapicera, se dirigió al baño, se lavó la cara, una vez, se enjuagó, y otra vez más... Tomó asiento en los pies de su cama frente a un espejo, intentó prender un cigarrillo, se miró y recordándose a sí misma quien era realmente, rompió en llanto. “Toc, toc”... Con llamativo asombro la joven abogada se dirigió a la puerta de su departamento, no es usual que los vecinos golpeen, de hecho las pocas horas que permanece en su hogar no son suficientes para entablar algún tipo de vínculo con nadie del edificio. Se acercó al visor de la puerta, y pudo ver un oficial de policía sujetando un papel en su mano. Con mayor asombro, se colocó una bata y abrió con cierta confusión levemente la puerta. “- sí”, dijo la joven. “- *señorita, buenas tardes, disculpe pero nos va a tener que acompañar*”, señaló el policía.

A la joven abogada, se la estaba llevando detenida la fuerza policial. Tal de abrumada, que mientras la trasladaban en el patrullero, inundaba cada segundo más su confusión de lo que estaría sucediendo, el oficial había procedido a leer los motivos de la detención, pero pese a conocer de estos asuntos, nada impidió que ella se viera absolutamente conmovida, hasta sentir un adormecimiento en su cuerpo, como un frío que bajaba por sus venas y la inmovilizaba por completo. Al llegar a destino, una funcionaria policial la tomó del brazo y la acompañó a descender del auto policial. “- *Está bien oficial, puedo sola, gracias*”, dijo la joven abogada. De este modo, caminó siguiendo los pasos de la policía hasta presentarse en la puerta de un gran edificio sito en una esquina característica de nuestra ciudad. En ese instante, percibió que algo más extraño estaba sucediendo, ingresó al lugar, subió unos escalones de mármol blanco con bordes desgastados y filosos que revelaban sus años, no pudo resistirse a tocar las barandas de hierro trabajado, mientras sentía en sus manos la historia a través de la madera que suavemente iba acariciando al subir las escaleras. Continuó su camino por una fría y antigua galería, hasta ingresar a una gran sala, el polvillo que se levantaba del viejo piso de madera, pese a los intentos de limpieza y encerado, emanaban un olor característico, el cual hizo que la joven abogada se diera cuenta de donde estaba. Sí, estaba en el salón principal de su escuela, imposible no distinguir con los sentidos tantos recuerdos. La joven abogada había pasado largos años de su vida en ese sitio, desde los 4 años que ingresó al preescolar hasta egresar del secundario a los 17 años de edad. Fue tal la emoción que de repente hizo olvidar los motivos por los cuales de manera incomprensible ella estaba allí.

De repente una luz se encendió en el escenario del salón de actos, una mujer muy alta, de rostro tan puro que parecería una pieza de porcelana fina. Sus ropajes eran holgados, dejándolos caer entre las curvas de su cuerpo. Curiosamente esa hermosa dama, llevaba sus ojos vendados pero sujetaba una gran espada en una mano, mientras en la otra mano levantaba una balanza. No usaba zapatos en sus pies, por contrario, debajo de ellos, permanecía una serpiente zigzagueando. A su derecha, sentado un elegante hombre, su altura era llamativa, y por cierto su seriedad también lo era. “- *hola, quien sos?*”. Se dirigió el hombre serio a la joven abogada. Titubeando ella dice, “- *soy María*”. El hombre serio desata una sorpresiva carcajada, “- *sí, ya sé que sos María, me refiero a una pregunta más profunda. ¿Quién sos María?, hoy estas aquí imputada de no haber sido coherente con tus sueños y convicciones. Hoy compareces ante este jurado y serás sometida a juicio por haberte fallado a ti misma.*” Le bastó con verle la cara para saber que no había súplica posible ante aquella acusación en su contra. Sin salir del asombro, de un salto apareció por un costado de las butacas del salón un hombre, su presencia era impactante, su altura era como aquellos dioses de la mitología, no llevaba vestimenta, solo estaba como si fuera pintado de todos colores sobre su piel. Tenía una larga y despeinada cabellera colorada, y un collar rojo brillante que emanaba un resplandor que encandilaba toda la sala.

Por detrás a lo alto del recinto, fueron ubicándose varias personas, María creyó poder reconocerlos, pero estaba tan aturdida con todo lo que sucedía. Era el jurado que iba a participar de su juicio, integrado por sus maestras, maestros, profesores y profesoras tanto de la escuela como de la facultad, amistades de la infancia, del barrio, del club. Huy!... cuanto hace que María no veía esas caras!. Los últimos en ingresar eran familiares. No sabemos si realmente eran, o parecían ser, lo que sí sabemos, que María al ver esos rostros, sintió una puntada bien en el medio del pecho, como si fuera una lanza que la estaba atravesado. Un cúmulo de recuerdos que regresaron a su mente, como una película en cámara rápida. Pero como es deber y no podía faltar, alguien debía velar por la joven, tenía derecho a la garantía de defensa, de este modo aparece su abogada defensora: su propio Yo. “- *María, bueno... entonces nos preguntamos ¿quién es María?*”. De esta manera, tomó la palabra la defensa. “- *Siempre fue, es, y será aquella jovencita que decidió estudiar abogacía porque era capaz de temblar de indignación si se cometía una injusticia, esa quien con sed de justicia, con mucho esfuerzo se recibió con corta edad para luchar por los derechos. Que cree en el rol del Estado, en el orden democrático, en las instituciones, y es por ello eligió la abogacía. Quien después de recibida, decidió continuar sus estudios, enfrentándose a críticas de quienes cuestionaban que la abogacía entonces no era para ella. Sin embargo, su convicción demostró que la abogacía es inescindible de lo social, y que aún existe un universo por descubrir.*”

Entonces, se le otorgó la palabra al hombre rojo, que no se podía afirmar con exactitud quien era, pero sí que podría tratarse de un testigo clave en la causa. “- *Fue en sus primeros años, cuando colegas le insistían en que sea más fuerte,* “- *¡Ponete firme María!*”; “- *jesto no es una casa de beneficencia, es un estudio jurídico!*”. *Su esencia se mantuvo intacta, ella sabe que no todas las personas son iguales, que existen colegas quienes honran la profesión con su ejercer, y no es justo queden oscurecidos bajo el manto de algunos egoístas, inescrupulosos que persiguen sus intereses individuales, y de amor no saben nada. ¿Si se podría generar una especie de alquimia sobre aquello negativo?, ¿acaso no es peyorativo el apodo cuervo o carancho?.”*

De repente, sopló un viento muy fuerte, explotaron los vidrios de los altos ventanales, el polvillo se levantó y generó una especie de tormenta de arena. Se comenzó a escuchar una melodía suavemente, y en el centro del salón, se disipó la nube de polvo: era María con los ojos cerrados, entregada a la música que se elevaba de manera mágica con el tango “*yo soy María*” de Astor Piazzola. Ella seguía girando, vueltas y vueltas... Algo muy extraño asomaba en sus brazos, se estaba convirtiendo en un ave con plumas negras y un protuberante pico. La música sonaba más y más fuerte, María ya no era María, y volaba, bailaba y volaba. El salón se vistió de negro, eran plumas y plumas por doquier. En un instante, el viento cesó, el ave negra ya no estaba en la sala. En el escenario, posaba un animal precioso con un plumaje color rosa intenso, sus plumas eran brillantes, y hermosas. Parado sobre la balanza que sujeta la dama de blanco en su mano, entonces el cuervo rosa comienza a cantar, y la justicia con un gesto de victoria levanta su espada.

“- *miau, miauuu...*” María se despertó exaltada ante el insistente maullido de su gato hambriento. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había dormido. No supo cuánto tiempo había pasado cuando volvió en sí. Pero entonces el mundo era un remanso de amor, y estaba frente a su cama con una sonrisa sedante, que con dos pases maestros le devolvió la dicha de vivir.